

Archdiocese of Santa Fe
4000 St. Joseph Place NW
Albuquerque, NM 87120



Telephone: 505-831-8120
Fax: 505-831-8101
Email: archbishop.office@archdiosf.org

OFFICE OF THE ARCHBISHOP

8 de septiembre de 2020

Carta pastoral del arzobispo John C. Wester

Nuestro llamado a la acción - Enfrentando los serios desafíos del año 2020

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo:

En el fútbol americano, una de las infracciones que me parece interesante es la de "amontonarse". Por supuesto, reúne los requisitos de lo que también podría llamarse un "golpe tardío". Pero ante todas las derribadas, los golpes y los choques que se dan en el fútbol, resulta chistoso oír al árbitro pedir un penal por "amontonarse". Supongo, sin embargo, que para el que está en el fondo de la pila, no hay nada divertido en ello. Considero que en estos días muchos de nosotros podemos identificarnos con ese pobre hombre que está en el fondo del montón, mientras pasamos por una crisis tras otra en nuestra Iglesia, nuestro estado, nuestro país y nuestro mundo.

Justo cuando estábamos haciéndoles frente a los problemas más difíciles de la Reorganización, el coronavirus atacó. No sólo es motivo de preocupación nuestra salud, sino el hecho de que ahora hay muchas personas sin trabajo, sin seguridad económica y sin hogar. Para colmo, el racismo latente que ha atribulado a nuestro país durante tanto tiempo ha asomado su horrible cabeza, prueba de lo cual es que varios ciudadanos de raza negra han sido asesinados últimamente por agentes de policía. A la mezcla anterior se le añade la elección presidencial de 2020 que tiene a la gente nerviosa. En Nuevo México, todo esto ocurre en un ambiente donde de por sí ya estamos lidiando con la pobreza, el crimen violento y la adicción. Y no olvidemos los incendios y los huracanes que han afectado a tantos. ¡Se queda corto el término "amontonarse"!

No puedo hablar por usted, el lector, pero a pesar de las situaciones difíciles que estamos enfrentando, tanto a nivel comunitario como personal, estoy en paz. Sí, me preocupo y me inquieto, me siento tenso y me esfuerzo, pero en general, estoy en paz. Hay tres razones para sentirme así, las cuales deseo compartir con ustedes, con la esperanza de que les sean útiles para sobrellevar este duro momento.

Nuestra fe católica nos indica que Dios está íntimamente unido a nosotros. Dios no es distante. En efecto, Dios es completamente otro, completamente trascendente, pero también está unido a nosotros en esencia. Dios está más cerca de nosotros que nosotros mismos y permanece a nuestro lado en nuestra trayectoria cotidiana. Un tema central de Jesús en el Evangelio es: "Si Dios viste así la flor del campo que hoy está y mañana se echará al fuego, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe?" (Mateo 6, 30) Tradicionalmente hemos llamado "gracia" a esa ayuda de Dios. En el Catecismo de la Iglesia Católica se define la gracia así: "La gracia de Cristo es el don gratuito que Dios nos hace de su vida infundida por el Espíritu Santo en nuestra alma..." (CCC, 1999) En particular, Dios nos da una *gracia real* para ayudarnos a resolver ciertas situaciones y dificultades o cuando tenemos un obstáculo que vencer. La gracia real se refiere a la intervención directa de Dios en nuestra vida, es decir, que interviene con su verdadera presencia, dándonos lo necesario para encontrar una nueva vida, sea cual fuere la situación en la que nos encontremos. Esto es más que un simple apoyo psicológico o el alivio que sentimos cuando solemos decir: "Desgracia compartida, menos sentida". Más bien, la intervención de Dios —la gracia de Dios— nos permite hacerle frente a la situación en cuestión, crecer mediante ella y alcanzar una nueva forma de ser. En lugar de evadir nuestros problemas, la gracia de Dios nos impulsa a aceptarlos con la fe de que, con Dios a nuestro lado, no hay nada que no podamos lograr. Esta es la primera razón por la cual estoy en paz en estos días.

La segunda razón por la que actualmente encuentro paz es que formo parte del cuerpo de Cristo, o sea, de la Iglesia. De nuevo, esto es más que hacernos los muy valientes cuando pasamos por un cementerio a medianoche, silbando en actitud despreocupada. A través del Bautismo, soy uno con mis hermanos y hermanas en Cristo y esa unión íntima con ellos es una fuente de gracia en sí misma. El amor es una fuerza poderosa en nuestra vida y el amor que nos une en Cristo me da la fuerza para enfrentar los obstáculos del día. El amor me da la fuerza para sacrificarme por los demás y en ese sacrificio encuentro una nueva vida. Como nos ha dicho Jesús: ¡si queremos ganar nuestra vida, primero debemos perderla! Tenderles la mano a los demás durante la pandemia de COVID-19, rezar por ellos, respetar la cuarentena, observar los protocolos sanitarios, los procedimientos y las políticas puestas en marcha durante la pandemia, contribuyen en conjunto al bienestar de la comunidad y a mi propio bienestar. Contar con amor y cuidado, produce en mí una fuerza que estimula mi capacidad de recuperación y los dones que poseo.

Lo anterior me lleva a mi punto final. Dios ha puesto dentro de cada uno de nosotros magníficos dones y recursos que a menudo no reconocemos ni admitimos. Tal vez algunos recuerden una película que data de 1970, en la cual la protagonista había sido objeto de demasiadas catástrofes y su marido le dice que siga corriendo, porque: "eres más fuerte de lo que piensas". En mi familia hemos empleado esa frase muchas veces, cuando alguno de nosotros parecía estar rindiéndose. A medida que vamos superando las catástrofes del momento presente, vale la pena recordar que somos más fuertes de lo que pensamos. Es prudente reflexionar sobre los dones y las experiencias espirituales, emocionales e intelectuales que Dios nos ha dado, todos los cuales nos permiten hacer frente a lo que Él nos ponga en el camino. Recuerdo haber leído sobre un joven que estaba trabajando en su auto en el garaje. El gato que estaba usando resbaló y el auto le cayó encima. Pidió ayuda a gritos y su madre acudió de inmediato a socorrerlo. Agarró el auto por el parachoques y pudo levantarlo lo suficiente para que él pudiera arrastrarse y salir de donde estaba, debajo del auto. Su madre dijo más tarde a los periodistas que no tenía ni idea de dónde había sacado esa fuerza. El amor es una fuerza poderosa en nuestra vida, así como también lo es la gracia de Dios. Ambos radican profundamente en el interior de nuestro ser.

La gracia de Dios, el apoyo de la comunidad y los dones que cada uno de nosotros posee se combinan para ayudarnos a enfrentar las graves situaciones que nos ha presentado el 2020. Sin duda hay momentos en los que todos deseáramos oír el silbato que detiene el amontonamiento. Pero, en última instancia, sólo nos estamos penalizando si permitimos que nuestros problemas nos sobrecojan y no aprovechamos lo que Dios nos ha proporcionado para enfrentarlos y resolverlos. ¡Somos más fuertes de lo que pensamos!

Sinceramente suyo en el Señor,

Reverendísimo Juan C. Wester
Arzobispo de Santa Fe